





LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El mayor conflicto bélico de la historia

JOSÉ LUIS NEILA HERNÁNDEZ
Y MISAEL ARTURO LÓPEZ ZAPICO

Shackleton
— b o o k s —

La Segunda Guerra Mundial

© 2019, José Luis Neila y Misael Arturo López Zapico

© 2019, de esta edición, Shackleton Books, S.L.

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S.L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño de tripa y maquetación: Kira Riera

Cartografía incluida en los apéndices: Geotec

© Fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de p. 20, Dove [GFDL, CC-BY-SA-3.0 o CC BY-SA 2.5-2.0-1.0]/Wikimedia Commons; p. 25, Bundesarchiv, Bild 102-09896 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 29, Bundesarchiv, Bild 183-R03618 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 32, Bundesarchiv, Bild 183-T0706-501 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons y Sueddeutsche Zeitung Photo/Alamy Stock Photo; p. 37, Bundesarchiv, Bild 102-13378 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 43, Bundesarchiv, Bild 137-049278 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons, Bundesarchiv, Bild 183-1987-0922-500 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 50, Bundesarchiv, Bild 146-1976-071-36 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 53, CORBIS; p. 78, NARA (ARC identificador 540151); p. 86, Bundesarchiv, Bild 146-1974-099-19/Kempe [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 88, RIA Novosti archive, image #2153 / Boris Kudoyarov [CC BY-SA 3.0]/Wikimedia Commons; p. 90, © 1941 Marvel Characters, Inc.; p. 113, RIA Novosti archive, image #44732 / Zelma / [CC-BY-SA 3.0, CC BY-SA 3.0]; p. 117, MARKA/Alamy Stock Photo, p. 127, Foto de Yevgeny Khaldei/Getty Images; p. 131, b: Army Signal Corps (Naval Historical Center Photo # SC 213700) [d.p.]/Wikimedia Commons; p. 135, No 5 Army Film & Photographic Unit, Oakes, H (Sgt) [d. p.]/Wikimedia Commons; p. 137, Bundesarchiv, B 145 Bild-P054320 / Weinrother, Carl [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 144, Bundesarchiv, Bild 183-R86965 [CC BY-SA 3.0 de]/Wikimedia Commons; p. 157, Jack W. Aebly, July 16, 1945, [d. p.]/Wikimedia Commons.

Depósito legal: B 17023-2019

ISBN: 978-84-17822-73-6

Impreso por GPS Group (Eslovenia).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción	7
El colapso de los acuerdos de Versalles	13
~ 1919-verano de 1939 ~	
La posguerra mundial	21
Al abrigo de la Sociedad de Naciones	26
Un marco general de crisis	31
Alemania desafía el orden de Versalles: del <i>Anschluss</i> al corredor de Danzig	39
Primera fase de la guerra. El avance del Eje	49
~ Septiembre de 1939-junio de 1941 ~	
La <i>drôle de guerre</i>	58
Equilibrio y punto de inflexión	83
~ Junio de 1941-enero de 1943 ~	
Arranca la Operación Barbarroja	85
La guerra en el Pacífico	89
La Operación Torch	104
La derrota del Eje	111
~ Febrero de 1943-septiembre de 1945 ~	

El Día D	123
La guerra sigue en el Pacífico	130
Diplomacia de guerra para construir la paz	135
~ 1941-1945 ~	
La Carta del Atlántico y la diplomacia aliada	140
La hora de los tratados de paz	157
El nuevo orden económico internacional	161
Inicio de la Guerra Fría	165
Apéndices	171

Introducción

En 1933, la compañía cinematográfica RKO estrenaba en la gran pantalla *King Kong*, toda una metáfora de los peligros que asolaban a las sociedades del momento. La película es el relato de cómo un enorme simio, objeto de veneración y temor de los nativos en un lugar remoto y exótico, despierta la admiración y la avaricia de los exploradores blancos, quienes acabarán por capturarlo y llevarlo a Estados Unidos para exhibirlo como un trofeo de la civilización. Su inolvidable final, con King Kong encaramado en la cima del Empire State Building luchando contra los aviones, evocaba la amenaza de la barbarie, el primitivismo y la irracionalidad frente al poder, la ciencia y la racionalidad de la civilización. Aquel mismo año, Hitler llegaba al poder y no faltarían analogías con el recurso de la figura del gigantesco simio identificado con el militarismo para ilustrar el fracaso de la conferencia de desarme celebrada en Ginebra entre febrero de 1932 y octubre de 1933. Las dudas que emergían sobre las utopías y la

difícil convivencia entre el individuo y la alta racionalidad del mundo moderno pueden contemplarse en las obras literarias de Vladimir Mayakovsky, Karel Čapek o, más adelante, del propio George Orwell, entre otros, y en cintas como *Metrópolis* de Fritz Lang o *Tiempos modernos* de Charles Chaplin. Todas ellas advertían de los excesos totalitarios que acabarían por escenificarse a escala desconocida con una gran guerra.

La Segunda Guerra Mundial clausuró un ciclo de confrontaciones bélicas de treinta años (1914-1945) que transformó, desde sus cimientos, la naturaleza del sistema internacional y la propia textura del orbe contemporáneo, enterrando bajo sus ruinas todo vestigio de aquel mundo decimonónico que se resistía a desaparecer. La guerra del Catorce, lejos de ser el conflicto llamado a acabar con todas las contiendas, terminó por establecerse como el primer peldaño de un ciclo convulso y trágico que acabó con otra conflagración de dimensiones auténticamente globales y totales.

Los estadistas y expertos que acudieron a la Conferencia de Paz de París en 1919 se mostraron incapaces de moldear un nuevo mundo con recursos para resolver los graves problemas que habían generado la guerra y la revolución de los años precedentes. Este fracaso gestó, en buena medida, las condiciones para la Segunda Guerra Mundial. Poco a poco se iría deshilachando una precaria paz cuyo andamiaje ya había comenzado a

mostrar signos de derrumbe desde la Gran Depresión, que, a partir de 1929, había asolado el mundo capitalista y cuyo epicentro se localizó en Wall Street (Nueva York). La crisis de la seguridad colectiva en el curso de los años treinta y la feroz competencia por el espacio público y privado entre los proyectos sociales en liza —ya fueran el reformismo liberal corporeizado en las democracias anglosajonas o en Francia, las revoluciones de clase a tenor del triunfo de la Rusia bolchevique o las revoluciones nacionales, cuyo primer canto de cisne se entonaría con el triunfo de Mussolini tras la Marcha sobre Roma en 1922— entraron en aguda convulsión a finales de la década. La Segunda Guerra Mundial, esquiva a una cronología precisa, esparció sus antecedentes en teatros muy lejanos pero interdependientes, como mostraría el decurso de la guerra civil española en 1936 y la guerra chino-japonesa en 1937.

El fracaso de la política de apaciguamiento se hizo patente cuando los tanques alemanes penetraron en Polonia el 1 de septiembre de 1939. El mundo entraba en guerra y lo hacía a una escala y con una rotundidad desconocidas en la historia, como bien se retrata y analiza en los capítulos centrales de esta obra. La caída de Varsovia y la intervención soviética en Finlandia dieron paso a esa suerte de guerra simulada que se transformó en verdadero conflicto mundial cuando el relámpago alemán cayó sobre el frente occidental. Tras la derrota

de Francia, Gran Bretaña se quedó sola ante Alemania y al amparo de la neutralidad benévola estadounidense, que se había erigido en el «arsenal de la democracia» y cuyo compromiso adquirido en la Carta del Atlántico de agosto de 1941 aún quedaba lejos de las aspiraciones británicas por lograr su plena incorporación al esfuerzo bélico. Contra todo pronóstico, el nazismo no pudo apoderarse de las Islas y el choque de los germanos con su enemigo natural, la Unión Soviética, no se pospuso más. A partir de ahí, la historia es bien conocida: las penalidades de mantener dos frentes abiertos, el ataque nipón a Pearl Harbor, la entrada de Estados Unidos en la guerra, la llegada de la lucha a nuevos escenarios, el reflujo a partir de 1942 y la derrota del Eje.

En la presente obra se ha procurado combinar en la medida de lo posible la descripción de las principales batallas que marcaron el conflicto con el análisis de las decisiones adoptadas y, ante todo, con la visión crítica que nos aporta el estudio de los acontecimientos mediante el desapasionamiento que facilita el método histórico. De esta forma, se introduce, por ejemplo, el debate sobre hasta qué punto el curso del conflicto estuvo condicionado por la gestión de los recursos y la imposición de determinados modelos económicos. A ello ha de sumarse la relectura acerca del impacto que tuvo en la sociedad la degradación humana que permitió horrores como el holocausto. Una masa social, hiperestimulada

por los efectos de la Gran Guerra en el inconsciente colectivo, se lanzó de lleno a los brazos de la propaganda en un proceso de brutalización y alienación nunca visto hasta la fecha.

Y sin embargo, pese al total cuestionamiento de la propia condición humana, esta se resistió a ceder a los designios mecánicos de las maquinarias de la convicción. El resultado del conflicto fue definitivamente el triunfo de la voluntad. Pero no aquel preconizado por la cineasta Leni Riefenstahl en su película propagandística del nazismo estrenada en 1935. En 1945 se alcanzó el triunfo de la voluntad humana de resistirse a la opresión y defender la libertad. Un hecho aún más claro si pensamos en lo que sucedió con la música durante esos años. Desde la retaguardia se intentaron propagar composiciones musicales que elevaran la moral de las tropas. Composiciones con mucho mensaje pero sin alma. Unas creaciones artificiales que nunca llegaron a calar y sobre las que se impusieron las tradicionales canciones de amor, mucho menos ricas en contenido pero más necesarias que nunca. Una buena muestra de cómo el horror no pudo cegar completamente los misterios que esconden los sentimientos del ser humano.

La guerra incubó, en fin, las expectativas del amanecer de un nuevo orden, explorado por ambos bandos y que, a medida que el conflicto se decantó del lado aliado, fue eclosionando en los planes, las discusiones y las

La Segunda Guerra Mundial

tramas de intereses de la coalición de las Naciones Unidas. La tarea de la paz y la reconstrucción era ciclópea, como se advierte en el último capítulo del libro, pero, al igual que sucediera tras la Gran Guerra, no se ganó la paz sino que las disputas latentes en el seno de la coalición aliada desembocaron en un nuevo mapa, en una cartografía inédita, la de la Guerra Fría.

El colapso de los acuerdos de Versalles

~ 1919-verano de 1939 ~

La convulsión de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) transformó de forma definitiva la fisonomía de la sociedad internacional, acelerando como veremos una serie de procesos y síntomas, la mayor parte de ellos en marcha desde la centuria anterior. Los treinta años que mediaron entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y el final de la Segunda (1914-1945) reconfigurarían por entero la naturaleza de la contemporaneidad. El historiador Eric Hobsbawm, en su aproximación al siglo xx, afirmaba:

Para quienes se habían hecho adultos antes de 1914, el contraste era tan brutal que muchos de ellos [...] rechazaban cualquier continuidad con el pasado. «Paz» significaba «antes de 1914», y cuanto venía después de esa fecha no merecía ese nombre. Esta actitud era comprensible, ya que para entonces [1914] hacía un siglo que no se había registrado una

guerra importante, es decir, una guerra en la que hubieran participado todas las grandes potencias, o la mayor parte de ellas.

Otro historiador, Arno J. Mayer, en su celebrada tesis sobre la pervivencia del Antiguo Régimen, había valorado en los siguientes términos el período:

La Gran Guerra fue más una expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden que luchaba por prolongar su vida, que de la ascensión explosiva de un capitalismo industrial empeñado en imponer su primacía. Al final, a partir de 1917, en toda Europa las tensiones de una guerra prolongada conmovieron y agrietaron los cimientos del antiguo orden asediado que la había incubado. Y aun así, salvo en Rusia [...], a partir de 1918-1919, las fuerzas de la perseverancia se recuperaron lo suficiente como para agravar la crisis general de Europa, patrocinar el fascismo y contribuir a la reanudación de la guerra total en 1939.

La contienda se había saldado con la desaparición de tres grandes imperios europeos —el Reich alemán, el Imperio austro-húngaro y el Imperio ruso— a los que habría que sumar la del Imperio otomano. Asimismo, la guerra del Catorce había supuesto para Europa una enorme tragedia demográfica, cuyas cifras superan de largo los ocho

millones de muertos —en su mayor parte franceses, alemanes y rusos—, y un importante desgaste material que deterioró la solidez económica del continente y que fue acompañado de un proceso de reajuste en la economía internacional al socaire de las nuevas potencias emergentes, principalmente Estados Unidos. En términos políticos, el triunfo de las potencias democráticas y liberales en la guerra y la aureola con que se evocaron sus principios y se intentó extender aquel modelo político en el nuevo mapa europeo no podían ocultar el deterioro que estas habían sufrido a lo largo de la contienda y las dificultades a que habrían de hacer frente para asumir la normalización en la inmediata posguerra.

En aquel marco de crisis se irían promoviendo respuestas totalitarias y autoritarias de diferente signo incubadas ya durante los años de lucha. A su vez, y de forma paradójica, el nuevo reparto colonial a que dio lugar el proceso de paz, bajo la fórmula de los mandatos —territorio cedido por la Sociedad de Naciones a una potencia colonial para su administración provisional—, aumentaba las posesiones en el mundo de las potencias europeas vencedoras; sin embargo, su presencia en estas nuevas colonias sería cada vez más precaria como consecuencia del progresivo despertar de la conciencia nacional de los pueblos colonizados, a la que la guerra mundial no había sido en absoluto ajena. La guerra, por último, generalizó una conciencia de crisis sobre los cimientos de la civiliza-

Baasismo y fascismo

El baasismo —que significa 'renacimiento' o 'resurrección' en lengua árabe— tendría sus orígenes como movimiento político en el pensamiento y la obra de Zaki al-Arsuzi y Michel Aflaq. Influído por filósofos occidentales como Georg Hegel, Friedrich Nietzsche, la obra de Oswald Spengler y el nacionalismo europeo, el filósofo y político sirio Zaki al-Arsuzi fundó en 1939 el Partido Nacional Árabe, y poco después el Partido Baaz Árabe. Por su lado, Michel Aflaq, nacido en Damasco en 1910 y cuyo interés por la ciencia política se acrisoló tras su llegada a París en 1928, donde estudió en La Sorbona y coincidió con al-Arsuzi, fundó el Movimiento de la Resurrección Árabe en 1940, luego rebautizado en 1943 como Movimiento Árabe Baaz, que pretendía unir a todos los árabes nacionalistas. El objetivo era la creación de un gran Estado árabe que eliminara las fronteras establecidas por franceses y británicos en los acuerdos de 1917.

ción europea que quedarían impresos en las más diversas manifestaciones culturales y artísticas.

Pese a que la Paz de París fuese interpretada por Alemania como una imposición —un *diktat*—, durante la Conferencia (1919), entre la mayor parte de las

El oportunismo y al accidentalismo político-ideológico con que actuaron muchos líderes nacionalistas en el mundo árabe-islámico en el Mediterráneo y Oriente Medio ha de interpretarse en clave antiimperialista y desde una actitud antifrancesa y antibritánica, al ser las potencias coloniales dominantes.

La influencia del nacionalsocialismo y del fascismo sobre ciertos círculos nacionalistas del mundo árabe-islámico, que debe leerse como parte de la estrategia alemana para debilitar a las grandes potencias coloniales europeas, fue un escenario más del gran tablero mundial. Desempeñaron una poderosa atracción desde mediados de los años treinta sobre estos sectores, en particular sobre el baasismo. ☉



Michel Aflaq (1901-1989), fundador del partido Baaz en Siria.

delegaciones asistentes imperó la convicción de que la paz no debía ser unilateral sino que debía gozar del consenso entre los vencedores.

El hundimiento de las potencias centrales y sus aliados, junto con la inestable situación de Rusia, per-

mitieron a la coalición vencedora disfrutar de un amplio margen de libertad para definir las bases de la paz. Una libertad condicionada indirectamente por el hecho de que Rusia ya había firmado su propia paz con Alemania y sus aliados, en el Tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918. Y mediatizada por los famosos Catorce Puntos expuestos por el presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson en su mensaje al Senado norteamericano del 8 de enero de 1918, poco tiempo después del *Informe sobre la paz* expuesto por Lenin el 26 de octubre de 1917 ante el II Congreso de los Sóviets, en el que se hacía mención a conceptos que serían evocados por el presidente estadounidense, como el principio de autodeterminación o la condena de la diplomacia secreta.

Amparado bajo el frontón de la defensa de las libertades y la democracia, así como el reconocimiento del principio de autodeterminación, el mensaje de Wilson mencionaba explícitamente una serie de planteamientos generales como las virtudes de la diplomacia abierta, la libertad de los mares, la supresión de las barreras comerciales, la reducción de armamentos o la organización de la vida internacional mediante la creación de una Sociedad de Naciones.

La Conferencia de Paz de París sería el foro desde el que emergiera un orden internacional nucleado en torno a dos actores fundamentales: por un lado, los estados-nación y la nueva cartografía mundial que se forjó al

amparo del principio de autodeterminación; y, por el otro, la nueva organización internacional, la Sociedad de Naciones.

De dicha conferencia emanaron cinco tratados, firmados de forma separada con cada una de las naciones vencidas (el Tratado de Versalles del 28 de junio de 1919 con Alemania, el Tratado de Saint-Germain el 10 de septiembre de 1919 con Austria, el Tratado de Trianon el 4 de junio de 1920 con Hungría, el Tratado de Neuilly el 27 de noviembre de 1919 con Bulgaria y los Tratados de Sèvres del 10 de agosto de 1920 y de Lausana el 24 de julio de 1923 con Turquía). Se acometía así el mayor reordenamiento de fronteras en el mapa de Europa desde 1815.

El nuevo orden internacional y la construcción de la paz no se redujeron tan solo a una labor cartográfica, a la discusión de propuestas específicas en materia de seguridad y a la disposición de compensaciones por los daños de guerra, sino que introducían conceptos y mecanismos innovadores en el ámbito de las relaciones internacionales, institucionalizados en la Sociedad de Naciones.

El texto del pacto, una vez aprobado por la Conferencia, constituyó la Parte I de los tratados de paz. Conformado por 26 artículos, dicho pacto era un instrumento político-jurídico muy versátil, en la medida en que se trataba, a la vez, de la ley que regía su actividad y la fuente misma de su existencia. Los signatarios se compro-

La Segunda Guerra Mundial



Mapa político de Europa en 1923, tras los tratados de Paz, con los que se acometió el mayor ordenamiento de fronteras en el continente desde 1815.

metían, de acuerdo con los términos del preámbulo, a aceptar ciertos compromisos de no recurrir a la guerra, a mantener a la luz del día relaciones internacionales fundadas en la justicia y el honor, a la rigurosa observancia de las prescripciones del Derecho Internacional

y al escrupuloso respeto de las obligaciones contraídas en los tratados. Todo ello con el afán de «fomentar la cooperación entre las naciones y para garantizarles la paz y la seguridad».

El nuevo orden internacional comenzó su andadura en una situación muy precaria, pues su fragilidad fue denunciada de inmediato tanto por observadores privilegiados del proceso, como el economista John M. Keynes en su obra *Las consecuencias económicas de la paz*, publicada en Londres en 1919, como por testigos directos de aquellos acontecimientos, como el mariscal francés Ferdinand Foch, quien se refería al Tratado de Versalles en los siguientes términos: «Esto no es una paz; es un armisticio de veinte años»; o como el diplomático británico Harold Nicholson, que retrató admirablemente el sentimiento de pesar por el resultado de la conferencia con estas palabras: «Fuimos a París confiados en que estaba a punto de establecerse el nuevo orden; salimos de allí convencidos de que el nuevo orden simplemente había empeorado el existente».

La posguerra mundial

El camino hacia la normalización tras la guerra y la construcción efectiva de la nueva sociedad internacional, desde los cimientos del orden de Versalles, estaban